

“Del amor, la primavera, y otras cosas que se alteran”

...

Bajé por la senda al río
un día de primavera;
Hacía un calor de quimera
y era tal mareo el mío,
que sentí un escalofrío;
Puede pasarle a cualquiera.

No era pronto ni era oscuro,
Ni sabría qué hora era
cuando me llegué a la vera
de aquella fuente del Zuro;
Tenía tanta sed, que juro,
que para nadie quisiera.

Me lancé con avaricia
hacia el chorro cristalino,
pero me clavé un espino
que, por culpa de la codicia,
y por falta de pericia,
no vi, colgando de un pino.

Me llevó quince minutos
soportar los escozores,
por no aliviar los picores

ni el agua, ni los esputos;
Pues no estaban dando frutos
ni hallé pomadas mejores.

Dolido estaba, y sediento,
puesto que no había bebido,
hasta el punto que les pido
me crean, que no les miento;
Que fue mucho el sufrimiento
querer, y no haber podido.

Pensé entonces, de repente,
aguantar las picazones,
arañazos y rascones,
y hundir el morro en la fuente;
Pero me partí la frente
con el caño los cojones.

Retrocedí con enojo,
dolorido y mareado;
Tal golpe me había dado,
que no veía de un ojo,
y grité con gran arrojo:
¡La leche que habrás mamado!

Tras la blasfemia que narro,
y sin tomar precaución,

pegué luego un resbalón
por el agua y con el barro...
acabando como un guarro,
cual no hallarán parangón.

Allí me quedé tendido,
no de espaldas, sí de bruces;
Ni podía hacerme cruces
de verme tan sorprendido
y en tanto fango metido,
que mis ojos, no veían luces.

No quise precipitarme,
a pesar de tal suceso;
Por si me había roto un hueso
resolví no incorporarme,
no sin dejar de palparme
el cuerpo, que estaba ileso.

Como había hecho un cursillo
de auxilio y supervivencia,
me recubrí de paciencia,
aunque me torcí un tobillo;
Pero fue sólo un poquillo,
sin esguince, en apariencia.

Luego levanté las piernas,
los brazos y la cabeza,
saliendo entre la maleza
cubierto de plantas tiernas
cual monstruo de las cavernas
despertando con pereza.

Con barro hasta las orejas,
y aplicadas a la miel,
acudieron en tropel
veinte docenas de abejas,
que repoblaron mis cejas
al oler tan fresca piel.

¡Qué trance no sería aquél,
creyendo que era el final!
Que a tientas seguí el caudal
más resbaloso que un gel,
para recuperar mi piel
que empezaba a ser panal.

Recordé el poema aquél:
“A un rico panal acudieron
dos mil moscas que murieron
presas de patas en él”...
Pero éste no era tan fiel,
que aquí, las abejas fueron.

Aunque ya nada veía
desde que probé el fangal,
palpé pronto el manantial,
que era lo que más quería;
que el agua que allí corría
me libraría del mal.

Ya beber, ni me importaba;
Y a fuerza de manotazos
llevaba el agua a tortazos
donde el enjambre anidaba;
Tan rápido me los daba,
que me dolían los brazos.

Los insectos se rindieron
batiéndose en retirada,
dejando una oreja hinchada,
pues la otra, no pudieron;
No porque no quisieron,
es que el fango la tapaba.

Ellas sufrieron cien bajas,
a fuerza de garrotazos;
Yo sufrí los cien tortazos
esquivando sus navajas,

sin contar las zarandajas
de otros tantos picotazos.

¡Oh! Las abejas laboriosas...

Sabias de la apicultura...
Que elaboran la miel pura
libando flores sabrosas,
y pueden ser peligrosas
como un toro de Miura.

Libre ya de la colmena,
pero no del sobresalto,
temí que un segundo asalto
no lo contaba en la cena;
Y sumergí la melena
sintiendo el chorro en lo alto.

Luego repasé mi estado:
¡Tan lindo que parecía!
Pensando lo que aquél día
me tendría destinado;
Ya el fango se había secado
por donde no lo veía.

¿Qué era lo que me acosaba?

¿Por qué la diosa fortuna

De esta forma inoportuna
sin piedad me castigaba?
¿Por qué de mí se burlaba
sin tener gracia ninguna?

¿Estaba el bosque embrujado
por la bruja Tarambana?
¿Sería culpa de una rana
que era príncipe encantado
y estaba muy cabreado
por no tener forma humana?

No hallé ninguna razón,
seguro, que no la habría;
Aunque lo que sí crecía
era, en la frente, un chichón,
además de la hinchazón
que una oreja padecía.

Respiré después profundo
y miré a mí alrededor,
pensando que, a lo peor,
era el más gafe del mundo;
Entonces un olor rotundo
noté en la parte inferior.

El peso que yo sintiera
no lo quisiera contar,
para poderme aliviar
ni de qué modo lo hiciera;
Y porque prudente fuera,
me lo tengo que callar.

Luego estuve más fresquito,
disfrutando del momento;
Y lo del resto del cuento,
les cuento sólo un poquito:
Que allí me picó un mosquito
y aún tengo la aguja dentro.

Pero, era amor la primavera...
Y era un amor la corriente...
Y amor era aquella fuente
que me hirió la calavera...
Y era amor... o lo que fuera,
pues oí un gemido fuerte.

Apliqué ahora los oídos,
que el barro los taponaba;
Seguro de que escuchaba
a una pareja hacer ruidos;
Quien cerca, pero escondidos,
la primavera gozaba.

¡Ellos ya habrían bebido,
y eso no les preocupaba!
Tendrían la gola hidratada
y el resto también surtido...
Y ahora se hacían un batido,
pues el calor invitaba.

¡Menudos suspiros daban
Sin medida y sin recato!
Que luego de tanto rato,
los cuá-cuá no paraban;
¡Parecía que se peleaban
entre las cañas dos patos!

Yo estaba paralizado
sin saber dónde parar;
No les iba a molestar,
pues no sería educado,
ya que un acto tan privado
no se debe importunar.

Al final bajé a la orilla,
empujado por el morbo;
No quise causar estorbo,
pero pequé de cotilla;
Y, pensé volver a la villa
después de dar otro sorbo.

La vida tiene patrañas...
y a veces, la saña roza;
Disfrutaban mozo y moza,
yo resbalé en unas cañas
con tal suerte y tales mañas,
que fui a caer a una poza.

Entré muy bien de cabeza
y vi los peces del fondo;
Gracias a que estaba hondo,
si no, ¡menuda maleza!
Luego me dio una pereza
salir del pozo redondo...

Ahora me lavé con creces
dentro del agua fresquita,
y lo que el agua no quita,
lo desprendieron los peces;
Y así, el resto de las heces,
lo lavó aquélla agua bendita.

No hay mal, que por bien no haya,
y yo estaba en ese estado;
Salí del pozo mudado,
hasta alcanzar una playa;
Ya es hora de que me vaya,
pensé, pero con mucho cuidado.

La pareja... ya no estaban;
Deduje que se habrían ido,
pues no se escuchaba ruido
ni las cañas se agitaban;
¡Pero a lo mejor fumaban,
y aún estaban en el nido!...

Mas, dejemos este asunto,
que carece de importancia,
y es entrar en redundancia
ya llegados a este punto,
pues como entró todo junto,
ya no tiene más sustancia.

Tomé el camino de vuelta
abatido y demudado;
La tarde se había echado
que casi no me di cuenta;
Juré no dar rienda suelta
de cuánto había penado.

Llevaba en el pie una llaga
que me dolía un espanto;
Por verla, tropecé en un canto,
y caí encima de una aliaga;
¿Creerán que esta tarde aciaga
la habría soportado un santo?

Salí luego de aquél lecho
más suave que una estera,
¡gozando la primavera,
caminando bien derecho...!
Lo que faltaba de trecho...
¡Que sea lo que Dios quiera!

Nadie creerá lo que digo
por más que sea jurado;
Lo digo a toro pasado
como mi propio testigo,
y no me importa ni un higo
ya sea creído, o burlado.

Esto no es nada que asombre,
que a todos nos ha pasado
algo, que, mejor pensado,
bien sea mujer, ya sea hombre,
pues todos tenemos nombre,
nos place guardar callado.

Yo no sé si es valentía,
pues no soy un paladín;
O soy más un serafín
por contar lo de aquél día...
Pero ya, qué feo estaría
si no les contara el fin.

Lustroso, como un pincel,
ya llegando al pueblo estaba,
y oí que alguien murmuraba:
¿Tú sabes quién es aquél?
¡Qué pregunta tan cruel,
con lo pulido que andaba!

“¿Has disfrutado el paseo?”

Me preguntó mi mujer;
¡No te lo puedes creer...
Casi ni yo, me lo creo...!
Se me ha pasado el mareo
y sólo pienso en volver.

“Vamos otra vez, si quieres”

Dijo con voz cariñosa;
Me sentó como una losa...
No, vete tú, si lo prefieres;
¡Cómo saben las mujeres
cuándo está blanda la cosa!

Ahora voy a darme un baño,
que vengo sucio y sudado,
parece que hubiera andado
hoy más, que en todo el año;
Vete tú, que yo me apaño,
y lo dejo todo aseado.

Después abrí el agua caliente,
ya debajo de la ducha;
Y como no salía mucha
abrí la llave tan fuerte...
que me asé de pies a frente,
al vapor, como una trucha.

Corrí luego la cortina
para alcanzar la toalla;
Resbala un pie, el otro falla...
caí sobre la letrina
que era porcelana fina...
y se partió la antigualla.

La pegué con pegamento
para que no se notara;
Ya hace cien años, fue cara...
y tiene un cómodo asiento;
Para mí es un monumento
que sabio antiguo inventara.

Yo sólo me dañé el costado,
sin roturas aparentes;
Al menos salvé los dientes,
que eran lo más estimado;
¡Qué paliza me habían dado
en una tarde, dos fuentes!

Casi, casi, no cené,
no tenía ni apetito;
Probé sólo un pescadito
y un sorbo de consomé;
Con mi mujer me excusé:
Es que estoy algo malito...

“Haces demasiado exceso”;

Dijo ella, sentenciando:
“Comes mucho pan mojando,
y estás cogiendo más peso,
te pones ciego de queso,
y te estás estropeando.”

Claro que, tenía razón;
Con el pan había engordado
por mojar salsa o guisado,
y me hartaba de tronchón;
me ha prohibido el chuletón,
y ahora me hincho a pescado.

Me fui a la cama temprano
con algo de calentura;
Me quité la dentadura,
se me cayó de la mano...
y no quedó un diente sano
que encajara en la montura.

Estas cosas que, en cadena,
nos ocurren a diario,
es lo que llaman mal fario;
Más no deben darnos pena,
no son más que una condena
que nos guarda el calendario.

...

Fue un día de primavera,
y hacía calor en exceso,
y son razones de peso
para acabar con cualquiera;
Y nada más que eso era,
y nada más, sólo eso.

...

Ya despedirme quisiera,
pues no quiero ser espeso;
Hagamos aquí un receso,
aunque sea a mi manera:
¡Qué hermosa es la primavera!
Adiós a todos, y un beso.

Fin.

Segundo Premio de poesía, concurso literario 2008 "La Gavilla Verde";
Fuentes de Ayódar
Autor: **Zacarías García Escribano**

Copyright. Z.G.E.